Domingo 14 enero 2001
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 2,1-11
No ha llegado mi hora

Pasadas las fiestas de la Navidad y de la Epifanía del Señor, celebramos hoy el II Domingo del tiempo ordinario. Estamos en el ciclo C de lecturas, que se caracteriza por la lectura del Evangelio de Lucas. Pero en el II Domingo del tiempo ordinario, en los tres ciclos de lecturas, se toma respectivamente una parte de la así llamada "semana inaugural" del Evangelio de Juan (Jn 1,19-2,12). Hoy día tomamos el relato de la boda de Caná, que ocurrió el último día de esa semana.

Este episodio es muy apropiado para dar comienzo a los domingos del tiempo ordinario en que iremos siguiendo a Cristo domingo a domingo y contemplando todo lo que él hizo y enseñó. Por otro lado, es una prolongación de la fiesta de la Epifanía del Señor, que celebramos el domingo pasado. Tres son los hechos que hacen brillar la luz de Cristo, aunque él haya venido en la humildad de nuestra carne: la estrella que apareció en oriente y que guió a los magos hasta el lugar donde estaba el niño Jesús con su madre en Belén de Judá; el bautismo del Señor, cuando se rasgó el cielo y la voz de lo alto declaró: "Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco" (Mt 3,17); y la boda de Caná de Galilea, donde Jesús "dio comienzo a sus signos y manifestó su gloria". Estos hechos confirman lo que Jesús afirmará respecto de su identidad: "Yo soy la luz del mundo" (Jn 8,12).

Dos cosas comienzan en las bodas de Caná: comienza a correr la "hora de Jesús" y -como decíamos- Jesús "dio comienzo a sus signos". El hecho es conocido: faltó el vino en una boda, celebrada en Caná, en la cual se encontraba la madre de Jesús y a la cual había sido invitado también Jesús con sus discípulos. Su madre le hace notar esta carencia, confiando en que él puede sacar del apuro: "No tienen vino". Pero Jesús reacciona con extrañeza: "¿Cómo me pides esto, mujer? Todavía no ha llegado mi hora". Hasta aquí todo era claro. Pero llegado a este punto el lector debe preguntarse: ¿Qué quiere decir Jesús con "su hora"? ¿Cuándo va a llegar esa hora? ¿Quién ha fijado ese momento?

Para responder a estas preguntas debemos examinar el mismo Evangelio de Juan. Este concepto recurre en otros puntos de este Evangelio. El evangelista señala varios momentos en que esa hora aún no había llegado. Cuando Jesús ya había comenzado su actividad pública, mientras enseñaba en el templo, "querían detenerlo, pero nadie le echó mano, porque todavía no había llegado su hora" (Jn 7,30; cf. 8,20). La hora es entonces el momento en que Jesús ya podrá ser detenido a causa de su enseñanza. En efecto, ya próximo a su pasión, Jesús declara: "Ha llegado la hora de que sea

glorificado el Hijo del hombre" (Jn 12,23). Y para que no nos hagamos una idea falsa, agrega: "En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere da mucho fruto" (Jn 12,24). Insinúa así que "la hora" es el momento de su muerte, y que esa muerte será su glorificación. Se ve confirmada esta conclusión por las palabras con que el evangelista comienza el relato de su pasión: "Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13,1). Y ese "extremo" del amor no se alcanzó sino cuando Jesús, inclinando su cabeza en la cruz, dijo sus últimas palabras: "Todo está cumplido" (Jn 19,30). Esa era "la hora de pasar de este mundo al Padre".

La hora de Jesús es la de su glorificación, y ésta consiste en su crucifixión, muerte y resurrección. Por este medio Jesús dio gloria a su Padre, él mismo se reveló como el Hijo único y consiguió la salvación del género humano. En su muerte se verificó con especial fuerza lo que dice el Prólogo de este Evangelio: "Hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único" (Jn 1,14). Jesús no podía revelarse como "Hijo único" del Padre sino en la "obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil 2,8).

¿Cuándo fue fijada esa hora? Esa hora fue fijada por Dios "antes de la creación del mundo". Esta convicción la expresa San Pablo refiriendose a cada uno de los cristianos: "Dios nos eligió, en Cristo, antes de la creación del mundo" (Ef 1,4). Nadie puede calcular la edad del mundo. Pero si alguien pudiera hacerlo, debe saber que antes de eso Dios ya nos tenía en su mente. Pero no sólo para llamarnos a la existencia, sino para "elegirnos", es decir, darnos su misma vida divina. Pero esto no era posible sin la redención obrada por Cristo con su muerte y resurrección. Por eso nuestra elección es "en Cristo". Y por eso, dentro de los miles de millones de años de existencia que tiene el mundo, Dios fijó un momento que es la "hora de Jesús". Esa hora fue presente en la vida pública de Jesús, sobre todo, como afirma el Evangelio de Juan, en su muerte y resurrección. Es un punto, un instante, dentro de todo el tiempo transcurrido desde la creación del mundo y del que debe transcurrir aún, pero es el punto que da sentido a todo. La creación sería absurda, es decir, carente de sentido, si dentro del tiempo no estuviera "la hora de Jesús".

Esta hora tuvo su aurora en la boda de Caná. Por eso esa aldea tiene importancia y ha quedado inmortalizada en el Evangelio. La hora comenzó a desarrollarse a instancias de María. A instancias de ella, hizo Jesús su primer signo: "manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos". Aquí se realizó la profecía que dijo Jesús a Natanael en los días anteriores: "¿Por haberte dicho que te vi debajo de la

higuera, crees? Verás cosas mayores" (Jn 1,50). Si ya Natanael había expresado su fe diciendo: "Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel" (Jn 1,49), ahora su fe es más firme: "Creyeron en él sus discípulos".

Todos debemos vibrar con esta hora. Todos estamos incluidos en ella, pues Dios nos eligió "en Cristo, antes de la creación del mundo" en vista de ella. Esa hora se hace actual, cada vez que en la liturgia eucarística se hace presente el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, y nosotros nos nutrimos con su Cuerpo y Sangre. Nos hacemos contemporáneos de esa hora, que es la hora de nuestra salvación, y esa salvación se nos comunica.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción